

---

## Capítulo LXIV.

---

Van ganando terreno los enemigos de Cortés.

Como es natural, lo primero que hicieron los enemigos de Cortés en cuanto se retiró Juan de Rivera, fué abrir los pliegos que este había entregado.

Los leyeron, y cuando se hubieron enterado de su contenido, uno de los circunstantes, tomando la palabra:

—La fortuna nos sonríe, — exclamó. — Hernán Cortés no recibirá nunca los auxilios que pide, y por otra parte nuestros amigos de la corte explotarán en contra suya su silencio.

—La idea es magnífica.

—Por supuesto que continuaremos apoderándonos de cuantos pliegos envíe.

—¿Qué duda tiene?

—De este modo el monarca, no sabiendo á qué atribuir su conducta y temiendo algun desastre, enviará á las Indias quien le residencie.

—Eso me sugiere una idea, — añadió otro:

—¿Cuál?

—Ya sabéis que el almirante don Diego Colon, que sostiene pleito con el rey, porque pretende el gobierno de Méjico, accedería gustoso á ir á residenciar á Cortés, porque de este modo se verían cumplidos sus deseos.

—Pero el rey se negará.

—Hay en la corte un caballero amigo mio que ha llegado hace pocos dias. Es muy rico, y ya sabéis que nuestro monarca, que es muy avaro, atiende á los que pueden ayudarle con sus recursos en la conquista de las Indias. El citado caballero, segun me dijo al dirigirse á la corte, tiene la idea de fletar algunos buques, y esto, como supondreis, le dará cierta consideracion en el ánimo de Carlos V. El puede hablarle, y lograremos ver realizado nuestro plan.

—¿Y quién ese caballero?

—Pánfilo de Narvaez.

—¿Aquel á quien protegía tanto Diego de Velazquez?

—El mismo.

—Efectivamente que es un poderoso auxiliar.

—Como que es enemigo irreconcilable de Hernán Cortés.

—Pues yo creí que habia hecho las paces con él.

—Aparentemente sí; pero en el fondo le odia. Bien es verdad que es ambicioso y no puede perdonar á Cortés que brille, mientras él permanece poco ménos que ignorado.

—Pues nada, escribámosle cuanto antes.

Hiciéronlo así, y Narvaez desarroyó en la córte la intriga.

—Es muy raro, —decía el emperador un dia á uno de sus consejeros, —lo que sucede. Hace ya tiempo que no se reciben noticias de las Indias, y en verdad no me explico el motivo. Unas veces me figuro que Hernan Cortés, embriagado con los triunfos que ha obtenido, trata de declararse independiente, por su propia cuenta dueño de todo lo conquistado. Otras, por el contrario, creo que alguna catástrofe es la causa de su silencio. Con frecuencia me asaltan temores de que haya ocurrido alguna rebelion en la India, que comprometa, que amengue la gloria que allí ha alcanzado mi corona.

Al terminar estas palabras, el rey hizo una breve pausa, esperando que el consejero le manifestase su opinion.

Pero al ver que permanecía silencioso, añadió:

—¿A qué atribuyes el silencio de mi buen servidor Hernan Cortés?

—Permitidme, señor, que no conteste como es mi deber á esa pregunta.

—¿Y en qué te fundas para proceder de ese modo?

—En que mi respuesta pudiera hacerme perder en la gracia de vuestra majestad.

El emperador Carlos V empezaba á impacientarse, y exclamó dando á su voz un acento severo:

—Yo te exijo que contestes á lo que te he preguntado. No puede existir motivo alguno que te obligue á desobedecerme.

—Señor, mi lealtad me impedia complacer á vuestra majestad.

—No te comprendo.

—Es muy sencillo. Vuestra majestad tiene formada una alta idea de Hernan Cortés, y las palabras que yo pronunciase podrian aparecer apasionadas en contra suya, si habia de obedecer á mi conciencia.

—Segun eso, tu tienes datos...

—Uno de los soldados que vinieron en la última expedicion nos enteró de la verdadera situacion de las Indias. Hernan Cortés, abusando de los poderes que le ha conferido vuestra majestad, es verdadero tirano con cuantos están bajo su dominio. La sinrazon que preside á todos sus actos, la crueldad con que por la falta más insignificante impone los más terribles castigos, han producido, como no podia ménos de suceder, las consecuencias naturales. Los soldados se han dividido en dos bandos, y los indios, cansados del yugo de Hernan Cortés, han reforzado el núcleo de sus enemigos.

El rey quedó pensativo algunos minutos, al cabo de los cuales dijo:]

—Y si tú sabias esas noticias, ¿por qué no me las comunicaste á su debido tiempo? Jamás podrás justificar tu conducta.

—Como en palacio,—dijo con aparente bondad el taimado consejero,—no faltan ambiciosos, temia que vuestra majestad atribuyera á esta pasion la revelacion que hubiera podido haceros.

Al ver la impresion que sus palabras habian causado en el emperador, se felicitaba en el astuto intrigante por el éxito de sus gestiones.

Veia con placer que se aproximaba el momento de vengarse de Hernan Cortés, y le confirmó en esta idea el oír exclamar al monarca:

—Es preciso enviar un nuevo gobernador á las Indias para que residencie á Cortés; pero la verdad es que no sé á quién nombrar que desempeñe bien y fielmente su cometido.

—Uno hay, en mi concepto irremplazable, para ese cargo.

—¿Quién?

—El almirante don Diego Colon, el hijo del célebre don Cristóbal.

—De ninguna manera; es un rebelde que se ha atrevido á ponerme pleito, alegando yo no sé qué derechos, y atribuiria su nombramiento á debilidad de mi parte.

—Consultad en ese caso á todos mis compañeros,—dijo el taimado palaciego,—porque repito que en mi opinion no hay ninguno que se halle adornado de los conocimientos y demás circunstancias que concurren en Don Diego.

El rey consultó, en efecto, á todos los consejeros y altos dignatarios, y como estaba convenido desig-

nar al hijo de Cristóbal Colon, recayó al fin en este el nombramiento.

Cárlos V le autorizó para ir á las Indias, siempre que á su costa llevase mil hombres para prender á Cortés.

Nombró tambien gobernador de Panuco á Nuño de Guzman y de Honduras á Simon de Alcazaba, portugués.

Abandonemos por algun tiempo á estos personajes, y volvamos al lado de Juan de Rivera, á quien, como recordará el lector, dejamos camino de su posada.

---

## Capítulo LXV.

---

Sigamos á Juan de Rivera.

Apenas llegó á su alojamiento, cerró cantelosamente la puerta, y encima de la cama volcó el bolsillo que habia recibido en premio de su traicion.

Aún no habia comenzado á contarle, y temiendo le sorprendieran en aquella operacion, guardó el dinero precipitadamente.

Toda la noche la pasó en el más agitado insomnio.

Temia que le arrebatase su fortuna, y por fin tomó una resolucion definitiva.

Se levantó de la cama, y despues de examinar cuidadosamente la puerta y de convencerse de que no tenia rendija alguna por la que pudieran espiarle, cosió las monedas á su capotillo.

Al amanecer del dia siguiente, llamando al pesa-

dero, le pagó lo que le adeudaba, y se dispuso á partir.

—Por lo que se vé,—le dijo este,—habeis despachado pronto y felizmente los asuntos que aquí os traian.

—No os equivocais.

—Me alegro infinito. Ahora apostaria cualquiera cosa á que os dirigís á la córte.

—Es posible; pero ¿quién sabe?

Maese Correa, que así se llamaba su interlocutor, no pudo reprimir un gesto de impaciencia.

Era curioso en extremo, y le contrariaba la reserva en que se habia encerrado Juan de Rivera.

Este se despidió y se puso en camino.

No se habria separado un cuarto de legua del meson, cuando otro hombre que habia partido antes que él salió á su encuentro.

—Vaya con Dios el soldado,—le dijo.—¿Se dirige tal vez á la córte?

—No por cierto; voy á casa de mi madre, á quien ya hace tiempo que no he visto:

—Por vuestro marcial continente se adivina á cien leguas que sois soldado.

—Así es por mi desgracia.

—Pues ved lo que son las cosas, yo tengo envidia á los que profesan la carrera de las armas, y eso que, á decir verdad, soy escudero de un caballero muy poderoso.

Me distingue con toda su confianza, y ahora vengo de desempeñar una mision que me habia confiado.

Y el caso es que siento en el alma tener que llevarle una mala noticia.

Figuraos que habia venido á buscar á un paje que le habian recomendado, y el infeliz ha muerto. ¡Lástima de muchacho! ¡Ahora que se le presentaba una ocasion de hacer fortuna! Porque mi amo es tan generoso, que al que le sirve leal y fielmente un año le asegura su porvenir.

El viajero notaba la impresion que sus palabras producian en Rivera, y despues de una breve pausa añadió:

—Pero ¡calle! se me ocurre una idea para no dar un sentimiento á mi amo. El no conocia al paje á quien he ido á buscar, y por lo tanto, puedo reemplazarle con otro.

—Pues os agradecería en el alma que me eligiérais á mí. Así como así, no he hecho fortuna en las Indias, donde vengo, y me dispensaríais un señalado favor presentándome á vuestro amo.

—Con mil amores. Si he de seros franco, desde el momento en que os he visto he simpatizado con vos.

Continuaron caminando, y al llegar á un bosque:

—Internémonos por aquí, que hay un sendero que nos ahorrará la mitad del camino para llegar á casa de mi amo.

Un cuarto de hora llevarian andando por la espesura, cuando el viajero dirigiéndose á su acompañante:

—Sentémonos un momento á descansar, y para echar algo entre pecho y espalda.

—Sea como gustéis, aunque en verdad tengo poco apetito.

—¿Qué diantre? En presencia de unas buenas magras, al lado de un amigo, y animándose con el aroma de este bálsamo,—dijo, sacando una vasija llena de buen mosto,—se abre el apetito.

Apenas habian comenzado aquel improvisado festin, aparecieron cuatro hombres, que acercándose cortésmente, les dijeron:

—A la paz de Dios, caballeros; vemos que os regalais como canónigos, y no es justo que no participemos los que desde ayer no hemos probado bocado.

—¿Y quién os dice que no, participéis?—contestó el compañero de Rivera.—Sentaos, pues, y no os levanteis hasta que demos fin á nuestras provisiones.

Juan de Rivera comenzó á sospechar, pero era tarde.

No tardaron los recién llegados en arrojar la carreta con que habian tratado de ocultar sus intenciones.

Uno de ellos, tomando la palabra:

—Mucho os agradecemos el haber partido con nosotros vuestras viandas, y tan buena acogida nos hace apelar á vuestra generosidad. Aun tenemos que caminar tres ó cuatro dias antes de llegar al término de nuestro viaje, y carecemos de recursos. Tened la bondad de darnos algunas monedas, que os devolveremos á la primera ocasion,

Juan de Rivera se quedó más pálido que un cadáver, y las palabras se helaron en sus labios.

—¿Sois tan egoísta,—prosiguió uno de los bandidos,—que desoís las súplicas de los necesitados? Pues ved lo que hago yo con los tacaños.

Y precipitándose sobre él le arrojó en tierra, todos le rodearon, y comenzaron á registrarle.

No hay para qué decir que el supuesto escudero fué de los primeros que se abalanzaron á la víctima.

—Debe tener dinero, porque viene de las Indias,—exclamó.—Además, en la posada pagó en oro, y yo le vi sacar varias monedas de esta clase.

—Pues no se le encuentra ninguna,—exclamó uno de los que registraban.

—Lo más sencillo es dejarle en cueros, porque indudablemente tendrá cosido el dinero á la ropa.

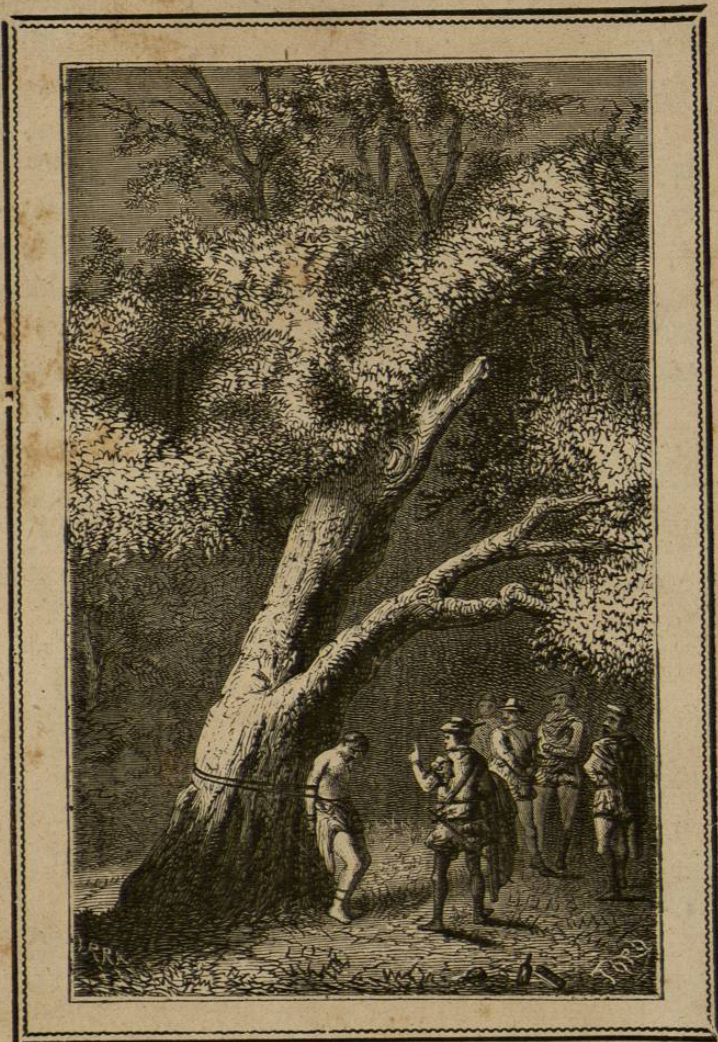
Todos aprobaron la idea, y en breve tiempo quedó Juan de Rivera en un traje aun más modesto del que gastaba nuestro padre Adán.

Le ataron de piés y manos, y desaparecieron en el bosque, advirtiéndole antes que si profería el menor grito le matarian.

Juan de Rivera se quedó inconsolable por el chasco que habia sufrido, y su conciencia empezó á hacerle ver que lo mal ganado se lo lleva el diablo.

Ya volveremos á encontrar á este desleal soldado, que tan cara habia pagado la traicion que habia hecho á su jefe.

Pero como ha de desempeñar todavía un papel importante en esta verídica historia, el lector nos agradecerá seguramente que contemos algunos episodios de su vida.



HERNAN CORTÉS.—... advirtiéndole antes que si profería el menor grito le matarian.

De esta manera se justificará hasta cierto punto el atentado que habia cometido, teniendo en cuenta su carácter voluble, discoloro.

No se explicarán algunos, sin embargo, que un hombre que tantas peripecias habia sufrido, que indudablemente debia tener gran práctica de mundo, se hubiese dejado engañar tan miserablemente.

Para nosotros, la razon es sencillísima: debia expiar sus crímenes y la Providencia se valió como instrumento de aquellos malhechores.